

vani con piadoso corazón a beber de aquellas fuentes sagradas del Salvador (Is., 12, 3), penosas para Él, y causadoras de gozo y refresco para nosotros.

Y allí experimentan ser gran verdad lo que en figura hizo Moisés, por mandamiento de Dios (Núm., 21, 9), cuando alzó una víbora de metal puesta en un palo, para que siendo mirada de aquellos que eran picados de víboras ponzoñosas, les librase de muerte y diese salud. La cual víbora, aunque por la figura parecía tener ponzoña, mas no la tenía, porque era víbora de metal. Y de esta manera Jesucristo nuestro Señor tiene verdadera carne, semejante a la carne del pecado (Rom., 8, 3), porque era sujeta a penas; mas es ajena de todo pecado, porque es carne de Dios, y formada por Espíritu Santo, y guardada por Él; y puesto en lo alto de la cruz muerto en ella, libra de muerte, y da salud a todos los mordidos de las tentaciones que con fe y amor van a Él. Y pues tan a la mano tenéis remedio tan poderoso para ser sana, no resta sino que vos tengáis cuenta muy particular con saber qué víboras os pican dentro de vos, examinando cada día, y muy despacio, qué inclinaciones tenéis en lo más hondo de vuestro corazón; qué pasiones vivas tenéis, cuáles son las culpas en que algunas veces caéis, y cosas de esta manera; con que estéis tan usada (1) y tan resoluta en el conocimiento de vuestras faltas, que las tengáis delante vuestros ojos y en vuestras uñas, como dicen. A lo cual no llegaréis en breve tiempo, ni aun en mucho, si no sois ayudada de celestial lumbre, con que veáis las raíces de vuestro corazón; el cual es tan hondo, que no vos, sino Dios, lo puede acabar de escudriñar.

Y ayudaros ha mucho para este conocimiento considerar las virtudes que el Señor ejercitaba en su Pasión; pues Él ha de ser espejo en vuestra ánima, en lugar del que las mujeres casadas tienen para andar agradables a sus maridos. Mirad vos su mansedumbre, su caridad, su paciencia nunca vencida, su profundo silencio, y parecerán vuestras faltas por escondidas que estén. Y también os parecerán vuestras virtudes ser faltas (2), cotejadas con las de Él;

(1) Usada: acostumbrada.

(2) Faltas: defectuosas, imperfectas.

y avergonzaros heis de lo uno y de lo otro. Mas no desmayéis, sino presentaos con ellas, y no sin gemido, delante del Señor, como hace el niño que enseña a su madre la espina que tenía hincada en la mano, y con sus lágrimas pide a su madre que se la saque; y así hará el Señor con vos. Porque así como es espejo que declara vuestras faltas, así con su ejemplo y salud es verdadero remedio de ellas. Y viéndole vos con tantas deshonras que por vuestro amor pasó, se encenderá vuestro corazón a desechar de vos la afición de la honra; y su paciencia matará vuestra ira; y su hiel y vinagre será remedio contra vuestra gula; y verlo *obediente* a su Padre *hasta muerte de cruz*, domará vuestra cerviz para obedecer a su santa voluntad, aun en lo muy trabajoso. Y cuando miráredes que el altísimo Dios humanado, Señor de cielos y tierra y de todo lo que en ellos hay, obedecía a los sayones cuando le querían desnudar y vestir, cuando le ataban y desataban, cuando le mandaban echar en la cruz y tender los brazos para ser enclavados, daros ha gana, y con gemido de corazón, si algún sentimiento tenéis, de ser obediente, no sólo a mayores e iguales, mas aun a menores, y de *sujetaros* por Dios, como dice San Pedro (1 *Petr.*, 2, 13). *a toda humana criatura*, aun para ser maltratada de todos. Y por esta forma morirá en vos la codicia, si miráis sus manos agujereadas, dando su sangre por el bien de los hombres, para que ellos cumplan lo que Él primero mandó cuando dijo (*Jn.*, 13, 34): *Amaos como Yo os amé*. Y, en conclusión, probaréis por experiencia que dijo San Pablo verdad (*Rom.*, 6, 6), *que nuestro hombre viejo fué crucificado con Cristo*.

Y si este remedio y victoria no lo sintiéredes luego como deseáis, no os desmayéis, ni os apartéis de lo comenzado; mas conociendo ser vuestra dureza y maldad mayor de lo que pensábades, gemid más, y pedid al Señor con mayor humildad que no permita su misericordia que quedéis vos enferma, pues Él, siendo Dios, padeció y murió para sanaros. Y tened esperanza que no se hará sordo el que manda que le llaméis; y que no tendrá crueles entrañas para veros enferma y dar voces a la puerta del hospital de su misericordia, que son sus llagas, y que un día u otro no os meta en ellas para curaros.

Mas avisooos, que no se hace este negocio en breve

tiempo; y que aunque dijo San Pablo en pocas palabras (*Galat.*, 5, 24), *que los que son de Cristo han crucificado su propia carne con sus vicios y deseos*, mas los que no se contentan con haber salido de pecado mortal, y quieren alcanzar perfecta victoria de sí mismos, venciendo las siete generaciones de enemigos que ocupan la tierra de promisión (3), hallan por experiencia que lo que en una palabra se dice, en muchos años se cumple. Mas el soberano Señor suele proveer a los tales con esperanza de perfecta salud, dándoles de cuando en cuando salud de alguna particular enfermedad. Y así leemos que el capitán Josué, habiendo vencido cinco reyes, dijo a los suyos (10, 24): *Poned los pies sobre los cuellos de aquellos reyes, y no queráis temer; mas confortaos y sed esforzados; porque como el Señor ha vencido a éstos, así hará a todos vuestros enemigos, contra los cuales peleáis*. Haced vos así; determinad de morir o vencer; porque si no salís con victoria de vuestras pasiones, no podréis pasar adelante en el ejercicio de la familiar conversación del Señor. Porque aquel dulcísimo sueño que con sosiego en sus brazos se duerme, no es razón que se dé sino a los que primero han peleado, y con trabajos vencido a sí mismos. Ni pueden gozar de ser templos quietos del pacífico Salomón, si primero no son labrados con golpes de mortificación de pasiones, y quebrantamiento de voluntad. Ni el humo, que las pasiones no mortificadas causan en el ánima, deja tener la vista tan clara como conviene para *mirar al Rey en su hermosura* (*Is.*, 33, 17); ni dejan haber aquella pureza que ha menester el ánima para unirse con Dios, a modo de casta esposa, por un modo particular, secreto, y guardado para aquellos a quien el Señor lo quiere dar, después de haber trabajado muchos años y con mucho amor, como hizo Jacob por Raquel (*Gen.*, 29, 30).

(3) *Siete generaciones*: esto es, siete pueblos o linajes que habitaban en Palestina a la llegada del Pueblo escogido, a saber: el Cananeo, Heteo, Heveo, Fereceo, Gergeseo, Jebuseo y Amorreo. (Véase *Jos.*, 3, 10.)

CAPITULO 78

Que lo más excelente que habemos de meditar e imitar en la Pasión del Señor, es el amor con que por nosotros se ofreció al Eterno Padre.

Después de haber entrado en la primera sala exterior del templo del verdadero Salomón, que es considerar a Cristo en lo exterior, y después de haber, con el cuchillo de la divina palabra, sacrificado vuestras irracionales pasiones, que es oficio que se hacía en la sala del templo que se llamaba *Santa*, resta, si hemos de proseguir el camino, que procuremos de entrar en el *Sancta Sanctorum*, lugar más precioso, y fin de los otros lugares. Y si preguntáis cuál sea éste, dígoos que el Corazón de Jesucristo nuestro Señor, verdaderamente Santo de Santos. Porque así como Él no se contentó con padecer en lo de fuera, sino amando de corazón, así no debéis vos de parar en mirar e imitar lo que de fuera padece, si no entráis en su Corazón para mirarlo y para imitarlo. Y porque la entrada fuese más fácil, y lo que en su Corazón estaba encerrado más manifiesto, permitió Él que, después de muerto, aunque ya no sentía dolor, fuese abierto su Corazón sagrado, para que como por puerta abierta y llena de tanta admiración, los hombres se moviesen a entrarse por ella, como por cosa que se está convidando a mirar las hermosuras que contiene dentro de sí. Mas ¿quién las contará con la lengua, pues quien allá entra y las mira, no puede alcanzar cuán grandes son, y aun aquello que alcanza no lo puede decir?

San Juan dice, en figura de esto, *que se abrió el templo de Dios, y fué vista en él el Arca del Testamento* (Apoc., 11, 19). Porque en el Corazón de Cristo está obrada la Ley de Dios y está guardado el maná del Pan celestial, y el amansamiento (1) de Dios precioso y cumplido, significado en la cobertura de oro de la antigua Arca; y todo esto con tanta excelencia, que excede a todo lo que se puede pensar. David dice (Ps. 39, 6): *Muchas maravillas hiciste, Señor Dios mío; y en tus pensamientos, que para mi*

(1) *Amansamiento*: aplacamiento (propiciatorio).

provecho tuviste, *no hay semejante a Ti*. Maravilloso es todo lo que Dios ha hecho, y más maravilloso lo que ha padecido; mas si miráredes a los pensamientos de su Corazón, que cuando padecía tenía, casi olvidada de todo lo otro, diréis con alto clamor de vuestra ánima: *¡Señor, no hay semejante a Ti!* Preguntadle, doncella, cuando le viéredes dejarse atar las manos y cuello, cuando le viéredes padecer bofetadas, espinas, clavos y muerte, que os haga merced de os decir por qué, siendo tan fuerte y tan poderoso, se deja tratar como flaco sin ninguna resistencia. Y responderos ha San Juan en su nombre (*Apoc.*, 1, 5): *Nos amó y nos lavó con su sangre de nuestros pecados*. Rumiad estas palabras, asentadlas en vuestro corazón, y paraos a pensar cuán excesivo y admirable amor es aquel que así arde en el Corazón, que hace pasar tales cosas de fuera. Decid entre vos misma: ¿Qué persona habría por quien yo, u otro como yo, tales cosas pasase sin pretender propio interés, sino por puro amor de la otra persona? Y veréis que padecer *todo esto* que el Señor padeció, no es cosa que se debe buscar en otra persona; porque ninguna tendría para ello fuerzas. Mas pasar *algo* de lo que Él pasó, por ventura se podría hallar entre padres e hijos, o entre hermanos o amigos, o entre casados, o gente de esta manera; a la cual, o la necesidad o el parentesco o la amistad suele poner fuerzas, o para padecer o para morir, aunque muy pocas veces. Mas padecer por extraños y sin propio interés, y sin lo deber, y morir por puro amor, cosa es no vista.

Y si se viese, aunque fuese morir un esclavo por un rey, cuanto más precediendo a su muerte algunos azotes y tormentos de los muchos que el Señor padeció, hazaña sería por la cual el esclavo alcanzaría perdón, aunque muchas maldades hubiese hecho; y juzgarían todos que había merecido que el rey le hiciese mercedes, si en la otra vida se las pudiese dar. Y muchos días no se caería de la boca de los hombres tal hazaña, y aun el rey la contaría con mucha ternura y agradecimiento.

Pues volvamos esto al revés, que el rey muera después de haber sufrido muchos tormentos y graves deshonras por su esclavo, del cual no ha recibido servicio ninguno, antes graves ofensas, dignas de muy cruel muerte; y que la causa de morir el rey sea por puro amor que a este esclavo tenía, cosa es ni vista

ni oída, y de tan excesivo amor, que pondría en grandísimo espanto a los que lo oyesen, y que diese materia de predicar la bondad de aquel rey por muchos días y aun por toda la vida. Y sería tan admirable, tan nuevo y tan alto este amor, que algunos, de flaca virtud y de poco juicio, se escandalizasen, y no sintiesen de la tal obra como debían, diciendo ser demasía que la real Majestad, llena de toda virtud, diese su vida preciosa porque el mal esclavo viese, mereciendo justísimamente la muerte. Y si aun, sobre esto, se añadiese al negocio, que aquel rey fuese tan sabio y tan poderoso, que con mucha facilidad, sin padecer nada y sin hacer a nadie injusticia, pudiese librar de la muerte a aquel su esclavo, y con todo esto quisiese encumbrar tanto su amor y darlo a entender, que quisiese pasar tales y tantas cosas cuales nunca nadie pasó, porque esto le estaba mejor al esclavo, cierto es que habría pocos ojos que pudiesen mirar a tan alto sol de amor abrasado. Y si alguno tuviese tan buen sentido, que sintiese de esta obra como debía sentir, maravilla sería, si de admirado y de espantado no saliese fuera de sí. Y si esto acaeciera a persona que no había recibido del rey este beneficio, sino de sólo pensar que se había hecho por otro, ¿qué se debe creer que obraría en el corazón del esclavo por quien el rey había muerto, si algún juicio tuviese? ¿No os parece que tal golpe de tal amor lo despertaría, lo mudaría y lo cautivaría tanto del amor de aquel rey, que ni pudiese callar sus alabanzas, ni acordarse de Él sino con lágrimas, ni ocuparse en otra cosa que en amar y agradecer a su rey, padeciendo por él todo lo posible?

¿Habéis entendido aquesta parábola, que nunca en el mundo se ha puesto por obra? Pues sabed que lo que los reyes de la tierra no han hecho, lo hizo el Rey celestial, Jesucristo, del cual dice San Juan (*Apoc.*, 19, 16), *que traía escrito en su muslo: Rey de los reyes y Señor de señores*; porque aun por la parte que es hombre y tiene humana naturaleza—significada en el muslo—, es tanta su alteza, que excede a todos los señores y reyes criados, no sólo los que hay en este mundo, mas en el cielo, teniendo *nombre sobre todo nombre* (*Filp.*, 2, 9) y alteza y señorío sobre todos los altos hombres y ángeles, chicos y grandes. Mirad esta alteza, a la cual no hay igual, y bajad vuestros ojos a mirar la bajeza de los es-

clavos por quien padece, y veréis que, como dice San Pablo (*Rom.*, 5, 6), somos flacos y pecadores y traidores contra Dios, y cnemigos suyos. Los cuales títulos son de tanta deshonra y bajeza, que ponen al hombre en el lugar y precio más vil que en todo lo criado hay; pues que no hay cosa tan baja como el ser malo; y ninguna cosa hay mala sino el pecador, por ser pecador. Cotejando, pues, estos extremos tan diferentes de tan alto Rey y tan malos esclavos, mirad ahora lo mucho que Él a ellos amó; andad acá al Corazón del Señor, y si tenéis ojos de águila, aquí los habréis menester, y aun no os bastarán para mirar el resplandeciente y encumbrado amor que aquella santísima ánima tiene en tanto grado, que aun aquellos más altos ángeles del cielo, que porque aman mucho, tienen por nombre Serafines, que quiere decir *encendidos*; si vinieran al monte Calvario al tiempo que el Señor padecía, se admiraran de su excesivo amor, en cuya comparación el amor de ellos era tibieza. Porque así como aquella sacratísima Anima tiene la mayor alteza y honra que nadie puede tener en cielos ni en tierra, porque en siendo criada, luego fué unida a la Persona del Verbo de Dios; así *le fué infundido el Espiritu Santo sin medida ninguna* (*Jn.*, 3, 34), y le fué dada tal gracia y amor, que ni ellos pueden más crecer, ni en el Anima puede más caber (2). De manera, que con mucha razón conviene a esta santísima Anima lo que está escrito (*Cant.*, 2, 4): *Metióme el Rey en la bodega del vino, y ordenó en mí la caridad*; o según otra letra: *Puso sobre mí su bandera de amor*. Porque como esta Anima, en siendo criada, luego vió claramente la divina esencia, y la amó fortísimamente, *fué puesta sobre ella la bandera del amor* santo, para dar a entender que ella fué la más vencida de amor que hombre ni ángel en el cielo ni en [la] tierra. Y porque en la guerra del amor de Dios, quien es más vencido es más dichoso, más digno y más esforzado, *lleva esta benditísima Anima la bandera del amor*, para que sepan todos los que quisieren amar en el cielo y en la tierra, que a este Señor nan de seguir para saberlo hacer, como discípulos a maestro, y como sol-

(2) Este pensamiento desarrolla el autor en el Tratado 1.º del Santísimo Sacramento.

dados a su capitán; pues a todos excede en el amar, como les excede en el señorío.

Y pues tal fuego de amor estaba metido en lo más dentro de aquella sacratísima Anima, no es mucho que salga la llama de fuera, y que abrase y quemase las vestiduras, que son su sacratísimo Cuerpo, lleno de tales tormentos, que dan testimonio del amor interior. Porque escrito está (*Prov.*, 6, 27): *¿Quién puede tener el fuego en el seno, que no se le quemén las vestiduras?* Y cuando de fuera le viéredes que le atan las manos con crueles cordeles, entended que está preso de dentro con lazos de amor, tanto más fuertes que los de fuera, cuanto exceden cadenas de hierro a hilos de estopa. Este amor, éste, fué el que le enflaqueció, venció y prendió, y le trajo de juez en juez, y de tormento de azotes a tormento de crueles espinas, y le puso la cruz encima, y lo llevó al monte Calvario, donde Él fué puesto encima de ella, y tendió sus brazos para ser crucificado, en señal que tenía su Corazón abierto con amor, tan extendido para con todos, que del centro de su Corazón salían resplandecientes y poderosos rayos de amor, que iban a parar a cada uno de los hombres pasados, presentes y por venir, ofreciendo su vida por el bien de ellos. Y si de fuera lleva el gran Sacerdote escritos los nombres de los doce hijos de Israel sobre sus hombros y también en su pecho (*Ex.*, 28, 21), muy mejor los lleva el nuestro encima sus hombros, padeciendo por los hombres, y los tiene escritos en su Corazón. Porque los ama tan de verdad, que si el primer Adán los vendió por una manzana, [y] ellos se venden por cosas muy viles, queriéndose mal por amar la maldad; este Señor amoroso los precia y ama tanto, que por los rescatar de cautiverio tan miserable, se dió Él en precio por ellos, en testimonio que los ama más que ellos se aman a sí, ni que nadie los ama.

CAPITULO 79

Del abrasado amor con que Jesucristo amaba a Dios y a los hombres por Dios; del cual amor, como de fuente, nació lo mucho que exteriormente padeció; y que fué mucho más lo que padeció en lo interior.

Si el corazón del hombre es tan malo, como Jeremías (17, 10) dice, *que no hay quien lo pueda escudriñar sino Dios*, y cuanto más se cava en la pared de él, se descubren mayores abominaciones, como fué mostrado en figura a Ezequiel (8, 9), ¿con cuánta más razón podremos decir que el Corazón de Jesucristo nuestro Señor, por ser más bueno que los otros son malos, no habrá quien del todo lo pueda escudriñar, sino el mismo Señor, cuyo es? Cosa es digna de admiración, y que debe bastar para robarnos el ánima y cautivarnos de Dios, el excesivo amor de su Corazón, que se manifestó en padecer muerte y Pasión por nosotros, según hemos dicho. Mas si con lumbre del cielo caváis más, y escudriñáis este relicario de Dios, lleno de inefables secretos, veréis dentro de él tales efectos de amor, que nos pongan en mayor admiración que lo que de fuera pasó. Para lo cual os debéis de acordar que en la villa de Bethsaida, curando el Señor a un hombre sordo, dice el Evangelio *que alzó el Señor sus sagrados ojos al cielo, y gimió* (Mc., 7, 34), y tras esto curó al enfermo. Aquel *gemido* que de fuera sonó, uno era, y en breve tiempo se pasaría; mas fué testimonio de otro gemido, y gemidos entrañables, y que le duraron, no por un rato breve, sino por meses y años.

Porque habéis de saber, que en siendo criada aquella santísima Anima, e infundida en su cuerpo en el vientre virginal de nuestra Señora, luego vió tan claramente como ahora la divina Esencia, que por su alteza es llamada *cielo* con mucha razón. Y en viéndola, juzgó ser digna de toda honra y servicio; y así se lo deseó, con inefables fuerzas de amor que le fueron dadas para amar. Y aunque la ley ordinaria del que ve a Dios claramente sea ésta, que sea bienaventurada en cuerpo y en ánima, y ninguna pena pueda tener; mas porque nosotros pudiésemos ser res-

catados por los preciosos trabajos de este Señor, fué ordenado que la bienaventuranza y gozo se quedase en la parte superior de su Anima, y que no redundase en la inferior, ni en el cuerpo; renunciando lo que justamente le era debido de gozo, por aceptar y sufrir las penas que nosotros debíamos.

Y si aquella santísima Anima, que alzó los ojos de su entendimiento al *cielo* de la Divinidad, no tuviera otra cosa que mirar sino a Ella, no hubiera de qué tomar pena, pues es Dios tal bien, que de su vista no puede venir sino amor y gozo. Mas como también vió todas las ofensas que los hombres habían hecho contra Dios desde el principio del mundo, y las que se habían de hacer hasta el fin de él, fué tan entrañable su dolor de ver ofendido aquel *cielo* de la divina Majestad, cuan grande el deseo que tenía de verla servida. Y como no hay quien pueda alcanzar la grandeza de este deseo, tampoco hay quien pueda alcanzar la grandeza de aquel su dolor. Porque el Espíritu Santo, que *le fué dado sin medida* (Jn., 3, 34), que es figurado en el fuego, la abrasaba con grandísimo amor para amar a Dios; y el mismo Espíritu Santo, figurado en paloma, le hacía amargamente gemir, por ver ofendido al que inefablemente amaba.

Mas para que veáis cómo este cuchillo de dolor, que atravesaba el Corazón del Señor, no le hería por sola una parte, mas que era de entrambas partes agudo y muy lastimero, acordaos que el mismo Señor, *mirando al cielo gimió y lloró sobre Lázaro* (Jn., 11, 35), *y sobre Jerusalén* (Lc., 19, 41). Y como San Ambrosio dice: «No es de maravillar que se duela de todos quien por uno lloró.» De manera, que ver a Dios ofendido, y a los hombres perdidos por el pecado, era cuchillo de dos filos que entrañablemente lastimaba su Corazón, por el inestimable amor que a Él tenía por Sí y a los hombres por Él, deseando la satisfacción de la honra divina y el remedio de los hombres. aunque fuese muy a su costa. ¡Oh Jesús benditísimo!, que verte de fuera atormentado quiebra el corazón del cristiano, y verte de dentro quebrantado con algunos dolores, ni hay vista ni fuerza que lo pueda llevar. Tres clavos, Señor, rompieron tus manos y pies con graves dolores; setenta y tantas espinas se dice que penetraron tu divina cabeza; tus bofetadas e injurias muy muchas fueron; y de los azotes que recibió tu delicadísimo cuerpo, se dice que

pasaron de cinco mil. Por lo cual, y por otras muchas penas que en tu Pasión concurrieron, tan graves, que otro que Tú que las pasaste no las alcanza, fué dicho en tu persona mucho tiempo antes (*Thren.*, 1, 12): *Todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor igual al mio.* Y con todo esto, Tú, cuyo amor no tenía tasa, buscaste y hallaste invenciones nuevas para traer y sentir dentro de Ti dolores que excediesen en número a los clavos, azotes y tormentos que de fuera pasaste, y durasen más tiempo y fuesen más agudos para te herir. Isaías (53, 6) dice: *Cada uno de nosotros se perdió por su camino, y el Señor puso sobre su Mesias los pecados de todos nosotros.* Y esta sentencia tan rigurosa de la divina justicia, tu amor, Señor, la hubo por buena; y echaste sobre tus cuestras, y te hiciste cargo de todos los pecados, sin faltar uno, que todos los hombres hicieron, hacen y han de hacer desde el principio del mundo hasta que se acabe, para pagarlos Tú, Señor, amador nuestro, con dolores de tu Corazón.

¿Mas quién contará el número de tus dolores, pues tampoco hay quien cuente el número de nuestros pecados, que los causaron, sino Tú solo, Señor, que los pasaste, hecho por nosotros *varón de dolores, y que pruebas por experiencia trabajos?* (*Is.*, 53, 3). Un solo hombre dice de sí *que tenía más pecados que cabellos en la cabeza* (*Ps.*, 39, 12). Y sobre esto, aun dice que le perdone Dios los otros pecados que tiene y no los conoce (*Ps.*, 18, 14). Pues si uno, que es David, tantos tiene, ¿quién contará los que tienen todos los hombres, muchos de los cuales hicieron más y mayores pecados que no David? ¡En cuánto trabajo te metiste, oh *Cordero de Dios, para quitar los pecados del mundo!*, en cuya persona fué dicho (*Ps.*, 21, 13): *Cercáronme muchos becerros; y los toros gruesos me rodearon: abrieron sobre mí su boca como león que brama y hace presa.* Mas aunque en el huerto de Getsemaní te fueron, Señor, a prender una capitania de mil hombres del brazo seglar, sin la gente enviada por los Pontífices y fariseos, los cuales con mucha crueldad te cercaron y prendieron; mas a quien mirare la muchedumbre y grandeza de todos los pecados del mundo que han cercado tu Corazón, poca gente le parecerá la que aquella noche te fué a prender en comparación de los que cercan a tu Corazón. ¡Qué

vista, Señor, tan espantable! ¡Qué retablo tan feo, y para dar tanta pena, traías delante de Ti, cercado de nuestros *grandes* pecados, significados por los *beceros*, y de los *muy grandes*, significados por los *toros*! ¿Quién contará, Señor, cuán feos pecados han acaecido en el mundo, que presentados delante tu inefable limpieza y santidad, te pondrían espanto, y como *toros* con bocas abiertas arremetían a Ti, pidiendo que Tú, Señor, pagases la pena que tanta maldad merecía? ¡Con cuánta razón se dice adelante (v. 15) que *fuiste derramado como agua*, con tormentos de fuera, y tu *Corazón fué derretido como cera*, con fuego de dolores de dentro! ¿Quién, Señor, dirá que puede más crecer el número de tus dolores, pues tan sin número son nuestros pecados?

CAPITULO 80

En que se prosigue la ternura del amor de Cristo para con los hombres, y lo que le causaba el interior dolor y cruz de su Corazón, que tuvo toda la vida.

De lo dicho se verá cuántos y cuán grandes fueron los dolores del Señor, pues fueron tantos y tan grandes los pecados nuestros que los causaban.

Mas si caváremos en lo más dentro del Corazón del Señor, hallaremos en él dolores por los pecados que los hombres han hecho, y dolores por los pecados que nunca hicieron. Porque así como el perdón de los unos cayó, Señor, sobre Ti, así la preservación de los otros te ha de costar dolores y muerte; pues que la gracia y los favores divinos que preservaron de pecar, a nadie se dió de balde, sino a costa de tus preciosos trabajos. De manera, Señor, que todos los hombres cargan de Ti, chicos y grandes, pasados, presentes y por venir; los que pecaron, y que no pecaron; y los que mucho y los que poco. Porque mirados todos en sí, eran *hijos de ira*, sin gracia de Dios, y desterrados del cielo, inclinados a todo pecado. Y si han de recibir perdón, y han de recibir gracia, y evitar los pecados, y ser hijos de Dios, y goza de Dios para siempre en el cielo, todo. Señor, ha de ser a tu costa, pagando los males y compra do los bienes: y todo tan a tu costa, que vayan proporciona-

dos los dolores, en número y en grandeza, con lo mucho que estas cosas valen; y aun ha de sobrepujar tu precio a lo que compras, para que así enseñes tu amor, y nuestra redención y consuelo sean más firmes.

¡Qué caro, Señor, te cuesta el nombre de *Padre del siglo que está por venir*, que Isaías (9, 6) te puso! Pues así como ningún hombre hay que, según la generación de la carne—que se llama *el primer siglo*—, no venga de Adán, así tampoco lo hay quien, según el ser de la gracia, no venga de Ti. Mas Adán fué mal padre, que por malos placeres mató a sí y a sus hijos; mas Tú, Señor, alcanzaste el nombre de *Padre* a costa de tus dolorosos gemidos, con los cuales, como leona que brama, diste vida a los que el primer padre mató. Aquél bebió la ponzoña que la víbora le dió, y fué hecho padre de víboras, pues engendró hijos pecadores; mas todos sus hijos, que mirados en sí mismos, son víboras ponzoñosas, se asieron, Señor, de tu Corazón, y te daban bocados de dolor nunca visto; y no solamente por tiempo de dieciocho horas que duró tu sagrada Pasión, mas por treinta y tres años enteros, desde veinticinco de marzo, que según hombre, fuiste concebido, hasta veinticinco de marzo, u ocho días después, [que] perdiste la vida en la cruz.

Tú mismo te llamaste Madre, cuando dijiste hablando con Jerusalén: *¡Cuántas veces quise meter tus hijos debajo de mis alas, como la gallina, y tú no quisiste!* (Mat., 23, 37). Y para dar a entender que tu Corazón tiene amor particular y ternura, te comparaste con la gallina, que es la que particularmente pierde su frescura, y se aflige por lo que toca a sus hijos. Y no sólo eres como ella, mas sobrepujas a ella y a todas las madres, como Tú, Señor, dijiste por Isaías (49, 15): *¿Por ventura puede olvidarse la madre del niño que parió de su vientre? Pues si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti, porque te tengo escrita en mis manos, y tus muros están siempre delante de mí.* ¿Quién, Señor, podrá escudriñar, por mucho que cave en tu Corazón, los inefables secretos de amor y dolor que están encerrados en Él? No te contentas. Señor, con tener amor fuerte, y padecer trabajos de padre; mas para que ningún regalo nos falte y ningún trabajo a Ti, quieres sernos madre en la ternura del amor que les suele causar entrañable

afección. Y aún más que madre, pues que de ninguna leemos que por acordarse siempre de su hijo, haya escrito algún libro, en el cual duros clavos sean la péndola, y sus propias manos sean el papel; y que hincándose en las manos, y traspasándolas, salga sangre en lugar de tinta, que con graves dolores dé testimonio del grande amor interior, que no deja poner en olvido lo que delante las manos traemos. Y si esto que en la cruz pasaste, enclavadas tus manos y pies, es cosa que excede a todo el amor de las madres, ¿quién contará aquel grande amor y grande dolor con que trajiste en el vientre de tu Corazón a todos los hombres, gimiendo sus pecados con gemidos de parto, no por una hora ni por un día, mas por todo el tiempo de tu vida, que fué treinta y tres años, hasta que como otra Raquel (*Gen.*, 35, 18), moriste de parto en la cruz, para que naciese Benjamín vivo? Las víboras que dentro de Ti mismo traías, te daban, Señor, tales hocados, que te hicieron reventar en la cruz, para que a costa de tus dolores, las víboras se trocasen en simplicidad y mansedumbre de ovejas, que a trueque de tu muerte alcanzasen vida de gracia.

Cuán justamente, Señor, puedes llamar a los hombres, si miras lo que pasaste por ellos, *hijos de mi dolor*, como llamó Raquel a su hijo (*Gen.*, 35, 18); pues que el dolor que sus pecados te dieron, fué mayor que el deleite que ellos tomaron cuando pecaron. Y fué mayor tu humildad y quebrantamiento interior, que el desacato y soberbia que ellos tuvieron contra el Altísimo cuando le ofendieron, quebrantando sus leyes; para que de esta manera lo más venciese a lo menos, y tus dolores a nuestros pecados.

Más te dolieron, Señor, los pecados ajenos, que a ningún hombre dolieron los propios. Y si leemos de algunos que tanto arrepentimiento tuvieron de haber pecado que, no pudiendo caber en ellos tanto dolor, perdieron la vida, ¿qué dolores obró en Ti aquel amor sin medida que a Dios y a los hombres tuviste, pues que una centella de aqueste amor, infundido en los corazones de aquéllos, los apretó tanto que los hizo reventar como pólvora? De muchos leemos y sabemos, que por oír una nueva que les fuese muy penosa, perdieron la vida. Dinos Tú, Señor, por tu misericordia, ¿cómo tuviste fuerzas para sufrir aquella nueva tan triste, cuando de nuevo te fueron pre-

sentados todos los pecados de todos los hombres, amándolos mucho más que ningún hombre amó a otro, ni se amó a sí mismo; y siendo el mal que de ellos viste mayor—y conociéndolo Tú por tal—, que ningún otro mal que pueda venir? ¿Y cómo, Señor, tuviste fuerzas para ver a tu Divinidad ofendida, y vivir, pues que no tiene medida el amor que le tienes? ¡Y viviste, Señor, cuando oíste estas nuevas, y viviste con el dolor de ellas por toda tu vida! Mas si no te fueran dadas fuerzas particulares para sufrir tales dolores, obraran en Ti la muerte, que menores dolores obraron en otros. De manera, Señor, que no una muerte, mas muchas te debo.

Y aunque por estos dolores, que como Madre, por los hombres pasaste, puedes con mucha razón llamarles *hijos de mi dolor*, según hemos dicho; mas como también eres Padre, llámaslos *hijos de mi mano derecha*, como hizo Jacob (*Gen.*, 35, 18), porque en ellos se ejercita y manifiesta la grandeza de tu mano, que es tu poder, pues los sacas del pecado, y los pones en tu gracia en este siglo; y en el día postrero los pondrás a 'Tu mano derecha, para que te acompañen en la gloria, sentados con grande reposo y seguridad, como Tú, Señor, lo estás a la mano derecha del Padre, dando por bien empleado todo lo que trabajaste con ellos.

CAPITULO 81

De otras provechosas consideraciones que se pueden sacar de la Pasión del Señor; y de otras meditaciones que de otras cosas se pueden tener; y de algunos avisos para los que no fácilmente pueden seguir lo ya dicho.

Si bien habéis mirado lo que se os ha dicho acerca del misterio de la Pasión de Jesucristo nuestro Señor, sacaréis que habéis de mirar lo que de fuera padece (1), y las virtudes de paciencia y humildad y semejantes a ellas que dentro tiene (2), y especialmente su amoroso y compasivo Corazón, del cual

(1) Cap. 76.

(2) Cap. 77.

todo lo otro procede (3), y esforzaros a compadeecer de todo lo que pasa el Señor, y a le imitar.

Mas tened entendido, que otras muchas consideraciones provechosas podéis tener acerca de la Pasión del Señor. Porque en ella podéis conocer, según en este destierro se sufre, cuán preciosa es la bienaventuranza, y cuán grandes los infernales tormentos, cuán preciosa la gracia, cuán dañoso y aborrecible el pecado, pues por comprarnos Cristo estos bienes y librarnos de estos males, siendo quien es, padeció tanto. Libro es en que podéis leer la inmensa bondad divinal, y la dulcedumbre de su amor, y también el admirable rigor de la divina justicia, que así castigó por pecados ajenos al mismo Juez.

Y porque tenía deseado y pensao de proseguir esta materia más largo, y pasar a la consideración de la Divinidad por el escalón de la santísima Anima de Jesucristo nuestro Señor, y mi poca salud no da lugar (4), no os digo más; porque lo que aquí escribo es lo postrero de este Tratado, salvo encomendaros la perseverancia de la meditación de esta sagrada Pasión. Porque aunque he visto a personas ejercitarse en ella años y años, sin gustar mucho de ella, mas perseverando, les ha pagado nuestro Señor lo que antes les había dilatado, que dieron por bien empleados los trabajos pasados con la paga presente.

También os aviso que hay otros ejercicios de meditación para caminar al Señor; así como la meditación de las criaturas y de los beneficios de Dios, y por vía del recogimiento del corazón que entiende en amar, que es el fin de todo pensamiento y de toda la Ley; y que como hay diversos ejercicios, hay diversas inclinaciones en los hombres, y es muy gran merced del Señor poner al hombre en aquello que le ha de ser provechoso; lo cual cada uno le debe pedir con mucha instancia, y procurar, por lo que en sí siente, dando relación de ello a quien más sabe, de atinar con qué ejercicio le va mejor, porque aquél es el que debe seguir.

Y también conviene avisar, que hay algunas personas tan ocupadas en cosas exteriores, que no se pueden dar, a lo menos con espacio, a ejercicios in-

(3) Caps. 78-80.

(4) Suponemos que la *poca salud* se refiere al año 1557, en que ampliaba su libro, escrito hacia 1530.

teriores, por lo cual reciben desconsolación y desabrimiento. Los cuales, si no pueden lícitamente dejar las tales ocupaciones, deben contentarse con el estado que el Señor les dió, y con diligencia y alegría cumplir con su obligación, y esforzarse lo que pudieren a tener presente a nuestro Señor, por cuyo amor hagan sus obras.

Y porque hay algunos que tienen una natural inquietud en el ánimo, y del todo indevota y seca, que aunque mucho tiempo y cuidado gasten en el ejercicio interior, ninguna cosa aprovechan, es menester avisarles, que pues el Señor no les da espíritu de larga e interior oración, se contenten con rezar vocalmente a los pasos de la Pasión; y yendo rezando, piensen, aunque brevemente, en aquel mismo paso; y tengan alguna imagen devota a que miren, y lean libros devotos de la Pasión; porque muchas veces acaece, de estos escalones subir al ejercicio del pensar interior. Y si el Señor quisiere que no suban más, agradézcan lo por quererlos llevar por aquel camino.

Sean también los escrupulosos y entristecidos, que no se contenta el Señor de que siempre anden pensando en los pecados que han hecho, sepultados en tristeza y desmayo, como Lázaro en el sepulcro; mas que es su voluntad, que tras la mortificación y penitencia que han hecho, por la cual tienen semejanza con su Pasión, tengan también consuelo con la esperanza del perdón, por la cual sean semejantes a su Resurrección; y que, pues han besado sus sacratísimos pies, llorando pecados, se levanten a besarle las manos por los beneficios recibidos, y caminen entre temor y esperanza, que es camino seguro.

Y concluyo con esto, con avisaros que, porque haya habido algunos que por ignorancia y soberbia han errado el camino de la oración, no toméis vos ocasión de la dejar; pues la ajena caída no nos debe apartar del bien, mas entender con mayor cautela en nuestro negocio. Y más os debe esforzar para lo seguir el saber que Jesucristo nuestro Señor y sus Santos han caminado por él para nuestro ejemplo, que no desmayaros los pocos que lo han errado; pues por maravilla hay cosa buena, de la cual algunos no hayan usado mal.

CAPITULO 82

De cuán atentamente nos OYE y piadosamente nos MIRA el Señor, si le sabemos manifestar nuestras llagas con el dolor que se debe; y cuán pronto es a las sanar, y hacer otras muchas mercedes.

Tiene esto la gran bondad del Señor, que para que sus mandamientos y leyes sean de nosotros guardados, hácelos fáciles en sí, y más fáciles en querer Él mismo pasar por ellos. Hanos mandado, según hemos oído, que *le oigamos y miremos, y le inclinemos nuestra oreja*. Lo cual todo es muy justo y ligero; porque a tal Maestro, ¿quién no le oirá? A Luz tan deleitable, ¿quién no se deleitará en mirar? A Sabiduría infinita, ¿quién no le inclinará su oreja?

Mas para que lo ligero sea más ligero, quiso Él pasar por esta ley que a nosotros pone, y la cumple con gran diligencia. *Él nos oye, Él nos ve, y nos inclina su oreja*, para que no digamos: No tengo quien mire por mí, ni quiera escuchar mis trabajos. Gran consuelo es para un desconsolado tener una persona que, a cualquier rato del día y de la noche, esté desocupada y de buena gana para oírle sus penas, y que esté siempre, sin faltar un momento, mirando a sus miserias y llagas, sin decir: ¡Cansado estoy de ver miserias, y asco me dan vuestras llagas! Y aunque esta tal persona fuese de muy duro corazón, querríamos que siempre nos oyese y nos viese; porque creeríamos que, dando siempre en su corazón la gotera de nuestros trabajos, que como por canal entra a él por las orejas y ojos, algún día cavaría en él y sacaría compasión; pues por duro que fuese, no sería tanto como piedra, la cual es cavada de la blanda gotera, aunque algún rato cese de dar. Y aunque supiésemos que esta tal persona ningún remedio nos podía dar para nuestros trabajos, nos consolaríamos mucho con sola la compasión que de nos tuviese. Pues si a esta tal persona debíamos mucho agradecimiento, ¿qué debemos a Dios nuestro Señor? Y ¿cuán alegres debemos de estar por tener sus orejas y ojos puestos en nuestros trabajos, que ni un solo rato los aparta de nos? Y esto, no con dureza de corazón, mas con entrañable misericordia; y no

con misericordia de corazón solamente, mas con entero poder para remediar nuestras penas. Bendito seas, Señor, para siempre, que no eres sordo ni ciego a nuestros trabajos, pues siempre los oyes y ves; ni cruel, pues se dice de Ti (*Ps. 102, 8*): *Hacedor de misericordias, y misericordioso de corazón es el Señor, esperador y muy misericordioso*. Ni tampoco eres flaco, pues todos los males del mundo son flacos y pocos, comparados a tu infinito poder, que no tiene fin ni medida.

Leemos que en tiempos pasados concedió Dios una maravillosa victoria de sus enemigos al rey Ezequías (*4 Reg., 19, 35*), el cual, según dicen algunos, no hizo al Señor, que le dió la victoria, aquellas gracias y cantares que se le debían y solían en semejantes mercedes hacer; por lo cual Dios le hizo enfermar, y tan gravemente, que ningún remedio por naturaleza tenía. Y porque con falsa esperanza de vivir no se olvidase de poner cobro a su ánima, fué a él el Profeta Isaías (*38, 1*) y díjole, por mandado de Dios: *Esto dice el Señor: Ordena tu casa, porque sábete que morirás y no vivirás*. Con las cuales palabras atemorizado el rey Ezequías, vuelve su cara a la pared, y lloró con gran lloro, pidiendo al Señor misericordia. Consideraba cuán justamente merecía la muerte, pues no fué agradecido al que le había dado la vida; y miraba la sentencia de Dios ya contra él dada, que decía: *No vivirás*. No hallaba otro superior que Aquel que la dió, para pedir que se revocase; y aunque lo hubiera, no tuviera buen pleito, pues al desagradecido justamente se le quita lo que misericordiosamente se le había dado. Véase *en mitad de sus días*, y acabarse en él la generación real de David, porque moría sin hijos. Y allende de todo esto, era combatido de todos los pecados de su vida pasada, cuyo temor más suele penar a la hora postrera. Y con estas cosas estaba su corazón quebrantado con dolor, y turbado así como mar; y adondequiera que miraba hallaba muchas causas de temor y tristeza. Mas entre tantos males, halló el buen rey remedio, y fué pedir medicina al que le había llagado, seguridad a quien le había amedrentado, convertirse por arrepentimiento y esperanza, al mismo de quien por ensoberbecerse huyó. Y al mismo Juez pide que le sea abogado, y halla camino como apelar de Dios, no para otro más alto, mas apela del justo para el miseri-

cordioso. Y las razones que alega son acusarse, y la retórica son sollozos y lágrimas. Y puede tanto con estas armas en la audiencia de la misericordia divina, que antes que el Profeta Isaías, pregonero de la sentencia de muerte, saliese de la mitad de la sala del rey, le dijo el Señor: *Torna, y di al rey Ezequías, capitán de mi pueblo: Oí tu oración, y vi tus lágrimas; yo te concedo salud, y te añado otros quince años de vida; y libraré esta ciudad de mano de tus enemigos.*

—Señor, ¿qué es aquesto? ¿Tan presto metes tu espada en la vaina, y tornas la ira en misericordia? ¿Unas pocas de lágrimas, derramadas, no en templo, mas en el rincón de la cama, y no de ojos que miran al cielo, mas a una pared, así te hacen tan presto revocar la sentencia que tu Majestad había dado y mandado notificar al culpado? ¿Qué es del sacar del proceso? ¿Qué es de las costas? ¿Qué es de los términos? ¿Qué es del presentar unos y otros testigos? ¿Qué es de tenerse por afrentado el juez, si le revocan la sentencia que dió?

Todo lo disimulas con el amor que nos tienes, por estar atento a nos hacer mercedes, y dices: *Oí tu oración, y vi tus lágrimas.* Todo término se te hace breve para librar al culpado. Porque ninguno deseó tanto alcanzar su perdón, quanto Tú deseas darlo: y más descansas Tú con haber perdonado a los que deseas que vivan, que no el pecador con haber escapado de muerte. No guardas leyes ni dilaciones; mas las leyes serán que los que hubieren quebrantado todas tus leyes, quebranten su corazón con dolor de lo pasado, y propongan la enmienda de lo por venir, y tomen las saludables medicinas de tus Sacramentos, que en tu Iglesia dejaste, o tengan intento de las tomar. Y las dilaciones, *que en cualquier hora que el pecador gimiere sus pecados, no te acuerdes más de ellos (Ezech., 18, 22).* Y porque los pecadores cobrasen ánimo para te pedir perdón de sus yerros, quisiste conceder a este rey más mercedes que él te pedía: quince años de vida, y librar su ciudad, y tornarse el sol diez horas atrás, en señal que al tercero día subiría el rey sano al templo, y con otras secretas mercedes que le hiciste Tú, benigno, que no dejarías venirnos males, sino para sacar de ellos mayores bienes, enseñando tu misericordia en nuestra

miseria, tu bondad y perdón en nuestra maldad, y tu poder en nuestras flaquezas.

Tú, pues, pecador, quienquiera que seas, que estás amenazado por aquella sentencia de Dios que dice (Ez., 18, 20): *El ánimo que pecare, aquella morirá*, no desmayes debajo la carga de tus grandes pecados, y del insoportable peso de la ira de Dios. Mas cobrando ánimo en las misericordias de Aquel que *no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva* (Ezech., 33, 11), humíllate. llorando, a Aquel que despreciaste pecando; y recibe el perdón de mano de aquel piadoso Padre, que tanta gana tiene de dártelo; y aun de te hacer mayores mercedes que antes, como hizo a este rey, al cual levantó sano del cuerpo y sano del ánimo, como él da gracias, diciendo: *Tú, Señor, libraste mi ánimo que no se perdiese, y arrojaste mis pecados tras tus espaldas* (Is., 38, 17).

CAPITULO 83

De dos amenazas de que suele Dios usar, una absoluta y otra condicional; y de dos géneros de promesas, semejantes a las amenazas; y cómo nos habremos cuando sucedieren.

No os debéis turbar de que la palabra dicha a este rey: *Morirás y no vivirás*, no se cumplió. Habéis de saber, que algunas veces manda el Señor decir lo que Él tiene en su alto consejo y eterna voluntad determinado que sea; y aquello vendrá como se dice, sin falta ninguna. De esta manera mandó decir al rey Saúl (1 Reg., 15, 23) que le había de desechar, y escoger en su lugar otro mejor. Y también amenazó al sacerdote Helí, y así lo cumplió (1 Reg., 3, 13). Y de la misma manera amenazó al rey David que le había de matar el hijo que hubo del adulterio de Bersabé (2 Reg., 12, 14); y por mucho que el rey pidió la vida para el niño con oraciones, ayunos y cilicio, no le fué concedido, porque tenía Dios determinado que el niño muriese.

Mas otras veces manda decir, no lo que Él tiene determinado de hacer, mas lo que hará, si no se enmienda el tal hombre. Y de esta manera envió a decir a la ciudad de Nínive que *de ahí en cuarenta días sería destruída* (Jon., 3, 4), y después por la peniten-

cia de ellos revocó esta sentencia: porque Él no tenía determinado de los destruir, pues no lo hizo; mas envióles a decir lo que sus pecados merecían, y lo que les viniera por ellos, si no se enmendaran.

Y aunque de fuera parece mudanza decir: *Será destruida*, y no destruirla, mas en la alta voluntad de Dios no lo es, pues nunca la quiso determinadamente destruir. Que, como dice San Agustín: «Muda Dios la sentencia, mas no muda el consejo», el cual era de no destruirla, mediante la penitencia, a la cual les quería incitar con el temor de la amenaza. Y esto es lo que Él mismo dice por Jeremías (18, 7): *Súbitamente hablaré contra gentes y reinos que los he de destruir y arrancar; mas si aquella gente hiciere penitencia de su maldad, haré Yo también penitencia del mal que les pensaba hacer. Y también hablaré súbitamente de gentes y reinos que los he de edificar y plantar; mas si hicieren maldad en mis ojos, no oyendo mi voz, haré Yo también penitencia del bien que dije que les había de hacer.*

De lo cual se saca, que porque no sabemos cuándo lo que Dios nos envía a amenazar es determinación ultimada, o es sola amenaza, no debemos desesperar, ni dejar de pedir a su misericordia que revoque la sentencia que contra nos tiene dada, como hizo a este rey y a la ciudad de Nínive, y alcanzaron lo que pidieron. Y aunque David no lo alcanzó, no por eso pecó en orar al Señor revocase la sentencia dada; porque no le constaba si era determinación o amenaza. Y de la misma manera, si Dios nos prometiére de hacer alguna merced, no nos hemos de descuidar en servirle. con decir: *Cédula tengo de palabra de Dios que a nadie engaña. Porque dice el Señor, que si nos apartáremos de hacer lo que Él quiere, Él hará penitencia del bien que nos prometió.* No porque en Dios caiga arrepentimiento, pues no puede en Él caer mudanza; mas quiere decir, que así como uno que se arrepiente, torna a deshacer lo que había hecho, así Él deshará la sentencia del castigo que contra el hombre había dado, si él hace penitencia; y deshará el bien que tenía prometido, si el hombre se aparta de Dios.

CAPITULO 84

De lo que es el hombre de su cosecha, y de los grandes bienes que tenemos por Jesucristo nuestro Señor.

Tornando, pues, al propósito, bien claro parece cuán bien cumple Dios esta ley: *Oye y ve*, pues tan presto oyó la oración y vió las lágrimas de este rey, y lo consoló. Y no sólo a él, mas lo mismo hace con otros, como dice David (*Ps. 32, 16*): *Los ojos del Señor están sobre los justos, y sus orejas en los ruegos de ellos; para librar sus ánimas de la muerte, y para mantenerlos en tiempo de hambre.*

Bien creo yo que os parece bien aquesta palabra; y también creo que os pone temor la condición con que se dice. Bienaventurada cosa es estar los ojos y orejas de Dios en nosotros; mas diréis: ¿Qué haré, que dice *a los justos*, y yo tengo pecados?

Así es, y así lo conoced por verdad. Porque si hombres hubiera que no tuvieran pecados, ¿quién era más razón que lo fueran, que los santos Apóstoles de Jesucristo nuestro Señor? Los cuales, así como fueron los más cercanos a Él en la conversación corporal, así también lo fueron en la santidad, sin que nadie se igualase con ellos, si no es la bendita Madre de Dios, que iguala y excede a ellos y a Angeles. Y aunque dice San Pablo (*Rom., 8, 23*), en su persona y en la de los Apóstoles, que recibieron *las primicias del Espíritu Santo*, que quiere decir, mayor gracia y dones que otros hombres; mas con todo esto les mandó el Señor rezar la oración del *Pater noster*, en la cual decimos: *Perdónanos nuestras deudas y culpas.* Y como es oración de cada día, claro es que somos por ella amonestados que tenemos culpas, y que cada día cometemos alguna. Y por esto dijo San Juan (*1 Jn., 1, 8*): *Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros nos engañamos, y la verdad no está en nosotros.* Pues si todos los hombres—sacando al que es Dios y Hombre y a la que es verdadera Madre de Él—tienen pecados, ¿para quién se dijeron las dichas palabras: *Los ojos del Señor sobre los justos, y sus orejas en los ruegos de ellos?*

Respondo, que no es Dios achacoso (1), ni cumplidor con solas palabras, pues vemos que, como lo dice, así lo cumplió con el rey Ezequías, y con otros innumerables, a los cuales ha mirado y oído. Mas sabed, que aquel es *justo*, que no está en pecado mortal, pues está en gracia y amigo con Dios. De los cuales hay muchos, aunque tengan pecados veniales; de los cuales se entiende, que no hay quien con verdad pueda decir que está sin pecado.

Y para que agradezcáis la gracia y justicia a aquel Señor, por cuyos merecimientos se dan a los que para ello se aparejan, habéis de saber que los justos dos maneras tienen de bienes, unos de naturaleza y otros de gracia, aunque pese a Pelagio (2), el cual dijo que el hombre es justo por las buenas obras que hace de su propia naturaleza, sin ser menester la gracia y virtud que nos son infundidas por Dios. El cual error está condenado por la Iglesia católica, que nos manda creer que de nuestra naturaleza somos pecadores por el pecado original, y por otros que de nuestra voluntad hacemos; y que en las buenas obras morales, que con solas fuerzas de naturaleza hacemos, no consiste la verdadera *justicia*. Por lo cual dice San Pablo (*Rom.*, 3, 10), que *ninguno es justo*, quiere decir, *de sí mismo*; porque de esta manera todos son pecadores *de sí*. Dada nos ha de ser la justicia, no la tenemos de nuestra cosecha; que el tenerla así, privilegio es de sólo Cristo, el cual no por otro, sino por Sí, es verdadero justo, y en cuyas obras y muerte hay verdadera justicia. Porque si en nuestras propias obras de nuestra naturaleza consistiera la verdadera justicia, o por ellas mereciéramos que se nos diera, *en balde hubiera muerto Jesucristo*, como dice San Pablo (*Gal.*, 2, 21), pues pudiéramos alcanzar sin su muerte lo que con ella Él nos ganó. El mismo Apóstol dice (*1. Cor.*, 1, 30) que *Cristo nos es hecho justicia*; y dícelo, porque en sus obras y muerte está el merecimiento de nuestra justicia. El cual merecimiento se nos comunica por la fe, y amor que es vida de ella, y por los Sacramentos de la Iglesia, según declaramos arriba (3). Y así somos incorporados

(1) *Achacoso*: quisquilloso.

(2) *Pelagio*: hereje que negó la necesidad de la gracia. Sus secuaces se llaman *pelagianos*.

(3) Cap. 44.

en Jesucristo, y se nos da el Espíritu Santo y su gracia, que infundida en nuestra ánima, somos por ella hechos hijos adoptivos de Dios y agradables a Él. Y también recibimos virtudes y dones para que podamos obrar conforme al alto ser de la gracia que nos fué dada. Con todo lo cual somos hechos verdaderamente justos delante los ojos de Dios, con propia justicia que en nosotros mora y está, distinta de aquella por la cual Cristo es justo.

Y de aquí viene, que aunque las buenas obras que antes hacíamos eran bajas y de imperfecta bondad, que ni consistía en ellas la verdadera justicia, ni tampoco la merecían alcanzar, por ser de nuestra propia cosecha; mas las que va hacemos estando en estado de gracia, son de tan alto valor, que son obras verdaderamente justas, y que merecen acrecentamiento de la propia justicia, como dice San Juan (Apoc., 22, 11): *El que es justo, sea hecho más justo*; y son dignas de alcanzar el reino de Dios, según está dicho por San Pablo (2 Tim., 4, 8), *que le estaba guardada corona de justicia*.

Esta inefable merced, a Jesucristo nuestro Señor la debemos; mas no es ésta sola. Porque así como es ordenación divina que ninguno alcance la gracia y justicia sino por merecimiento de este Señor, así lo es que ninguno de los que las tienen las pueda conservar ni acrecentar, si no estuviere arrimado a este Señor, como vivo miembro a su cabeza, y sarmiento con fruto a su vid, y edificio a su fundamento. Porque aunque, ganándoles gracia y justicia, les ganó derecho para merecer el reino de Dios, según se ha dicho, y también para alcanzar con la oración lo que bien pidieren, mas si de esto han de gozar y bien usar, no ha de ser como gente apartada, que hace bando o cabeza por sí, o como hombre que se tiene en sus propios pies, y que puede andar sin ayuda de nadie; arrimado ha de estar a esta bendita Cabeza, para que se le conserve la gracia, y le venga de ella una espiritual virtud, que preceda, y acompañe, y siga a las buenas obras que hiciere; sin la cual las tales buenas obras no podrán ser meritorias, como el Concilio Tridentino lo dice (4)

Y por esta manera, las oraciones que este tal justo hiciere serán dignas de las orejas de Dios, y de

(4) Sess. 6, c. 4 y 5.

alcanzar lo que pide. *Salomón pidió a Dios* (2 Paral., 6, 20) que quien orase en el templo que él había hecho en la tierra, fuese desde el cielo oído de Dios, concediéndole lo que pidiese. Y el verdadero y más excelente templo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, en cuanto hombre, es; *en el cual*, como dice San Pablo (Colos., 2, 9), *mora corporalmente el cumpumiento de la Divinidad*. Quiere decir, que no mora solamente en Él por vía de gracia, como en los santos —hombres y ángeles—, mas por otra manera de mayor tomo y valor, que es por vía de la unión personal, por la cual la sacra Humanidad es levantada a tener dignidad de ser personada (5) en el Verbo de Dios, que es Persona divina. Este es el templo, por el cual dice David (Ps. 17, 6) *Dios oyó mi voz desde su santo templo*. Y quien en éste diere voces de oración, movidas por el Espíritu de Él, arrimado a Él como miembro vivo, que pide socorro por los merecimientos de su cabeza, que es Jesucristo, este tal será oído justamente de Dios, como lo fué David, y todos los justos que han sido oídos. Mas la oración hecha fuera de este templo, sea hecha por quienquiera que sea, ronca es y profana, no digna de las orejas de Dios, pues que no siendo inspirada por Jesucristo, no lleva el sello real para ser conocida y tenida por justa, para alcanzar lo que pide. Y para que Cristo en el cielo despache, como abogado nuestro, nuestras peticiones, es menester que en la tierra seamos sus miembros vivos, movidos a orar por Él. Porque aunque su misericordia es tanta, que muchas veces hace ser oídas las peticiones de sus miembros muertos, que son los que tienen la fe de su Iglesia, y no están en caridad, mas aquí hablamos de aquellas que tienen dignidad y merecimiento hechas en Cristo para alcanzar lo que piden.

Y conociendo nuestra madre la santa Iglesia esta necesidad, que de Cristo en nuestras oraciones tenemos, suele decir en fin de las suyas al celestial Padre: *Concédenos esto «por Jesucristo nuestro Señor»*. La cual aprendió de su Esposo y Maestro, que dió (Jn., 16, 23): *Cualquier cosa que pidiéredes al Padre en mi nombre, dároslo ha*.

Gracias, Señor, se den a tu nombre, pues por Él somos oídos. Que no te contentas con ser nuestro me-

(5) *Ser personado*: tener personalidad, subsistir.

dianero para merecernos la gracia que por Ti recibimos, ni con ser nuestra Cabeza, que nos enseña y mueve a orar por tu Espiritu, como conviene, y también quieres ser Pontífice nuestro en el cielo, para que representando a tu Padre la Humanidad sacra que tienes, y la Pasión que recibiste, alcances el efecto de lo que en la tierra pedimos, invocando tu nombre.

De manera, que así como dice el santo Evangelio (*Mt.*, 3, 16), *que siendo el Señor bautizado, se abrieron los cielos a Él*; porque, aunque muchos han entrado allá después de Él, a ninguno se le abren sino por causa de Él; así podemos decir que las entrañas de su Eterno Padre, que se abren para conceder nuestros ruegos, a Cristo se abren; y Él es el oído del Padre, pues que la gracia y favores con que somos oídos, por Él los tenemos. Que quitado esto aparte, como ninguno hay justo de sí, ninguno sería oído de sí. Y así como, por el grande amor que el Señor nos tuvo, tomó nuestros males por suyos, y los pagó con su vida y su muerte; y con el mismo amor que nos tiene, aunque ya está en el cielo, si un chiquito suyo está desnudo o vestido, harto o hambriento, dice *que Él mismo lo está* (*Mt.*, 25, 40); así cuando nosotros oramos, Él ora en nosotros, como dice San Agustín; y cuando nosotros somos oídos de Dios, dice que Él es oído, por aquella inefable unión que hay entre Él y los suyos, significada por nombre de Esposo con su Esposa, y de Cabeza con su propio Cuerpo; al cual amó tanto, que aunque ordinariamente vemos que pone uno su brazo para recibir el golpe por salvar la cabeza, mas este bendito Señor, siendo Cabeza, se puso delante del golpe de la Justicia divina, y murió en la cruz por dar vida a su Cuerpo, que somos nosotros. Y después de habernos vivificado, mediante la penitencia y los Sacramentos, nos regala, defiende y mantiene como a cosa tan suya, que no se contenta con llamarnos siervos, amigos, hermanos o hijos, sino para enseñar más su amor y darnos más honra, nos pone su nombre. Porque por esta inefable unión de Cristo, cabeza, con la Iglesia, su cuerpo, Él y nosotros somos llamados un Cristo (6). Y este misterio dulcísimo, lleno de todo consuelo, nos da San Pablo

(6) *Gloss.* ad 1 *Cor.* 12. Este argumento desarrolla el autor en los Tratados 10 y 21 del Santísimo Sacramento.

a entender en las palabras que dijo (*Ephes.*, 1, 6): *Que el celestial Padre nos hizo agradables en su amado Hijo, y que fuimos criados en buenas obras en Jesucristo.* Y a los de Corinto dijo: *Vosotros estáis en Jesucristo.* El cual modo de hablar, por esta palabra: EN, nos da a entender esta unión de Cristo y su Iglesia. Y así lo dice el Señor por San Juan (15, 5): *Quien está en Mí y Yo en él, éste lleva mucho fruto; porque sin Mí ninguna cosa podéis hacer.*

Gracias, Señor, a tu amor y bondad, que con tu muerte nos diste la vida. Y también gracias a Ti, porque en tu vida guardas la nuestra, y nos tienes juntos contigo en este destierro, que si perseveramos en tu servicio nos llevarás contigo, y nos tendrás para siempre en el cielo, donde Tú estás, según Tú lo dijiste (*Jn.*, 12, 26): *Donde Yo estoy, estará mi sirviente.*

CAPITULO 85

De cuán fuertemente clamó Cristo y clama siempre delante del Padre en nuestro favor; y con cuánta presteza OYE su Majestad los ruegos de los hombres, mediante este clamor de su Hijo, y les hace mercedes.

Ya podréis ver de lo dicho la mucha necesidad que tienen todos los hombres del favor de Jesucristo, para que sus oraciones sean oídas como agradables delante el acatamiento de Dios. Mas Él no así, porque de nadie tiene necesidad que hable por Él. Él es, y sólo Él es, cuya voz por sí misma es oída. Porque, como dice San Pablo: *Él puede llegar por Sí mismo a su Padre a rogar por nosotros.* También dice (*Hebr.*, 5, 7) que Cristo *en los días de la vida mortal que vivió, ofreciendo ruegos al Padre con clamor grande y lágrimas, fué oído por su reverencia.* Cristo pidió a su Padre que lo salvase de la muerte, no dejándolo permanecer en ella, mas resucitándolo a vida inmortal; y como lo pidió, de esa misma manera fué hecho. También *ofreció ruegos y lágrimas* a su Padre por nosotros muchas veces; los cuales, por salir de Corazón lleno de amor, se llaman *grande clamor.*

Mas aunque su amor, que le hacía clamar, siempre lo tuvo igualmente, pues con tanto amor nuestro andaba un camino, o derramaba una lágrima, con cuan-

to se puso en la cruz; mas mirando a lo exterior y al género de la obra, tanto mayor clamor fué el ofrecer su santísimo Cuerpo en la cruz por nosotros, que el ofrecer oraciones, cuanto va de padecer, y padecer muerte, a meditar o hablar. Acordaos de lo que dijo Dios a Caín (*Gen.*, 4, 10): *La voz de la sangre de tu hermano Abel clama a Mi desde la tierra.* Y también de lo que dijo San Pablo a los cristianos (*Hebr.*, 12, 24): *Llegado os habéis a un derramamiento de sangre, que clama mejor que la sangre de Abel.* Porque ésta daba clamores a la Justicia divina, pidiendo venganza contra Caín que la derramó; mas la sangre de Cristo derramada en la tierra, daba clamores a la Misericordia divina, pidiendo perdón. La de Abel pide ira, ésta blandura. La primera obra enojo, ésta reconciliación. La de Abel, venganza contra sólo Caín, ésta perdón para todos los malos que fueron y serán, con tal que ellos lo quieran recibir con el aparejo que deben; y aun para aquellos mismos que derramándola estaban. La sangre de Abel a ninguno pudo aprovechar, porque no tenía virtud de pagar los pecados de otros; mas la sangre de Cristo lavó los cielos y tierra y la mar, como canta la Iglesia (1), y sacó de las honduras del limbo a los que presos estaban, como dice Zacarías, Profeta (*Zacarías*, 9, 10). Verdaderamente es grande el clamor de la sangre de Cristo pidiendo misericordia, pues hizo no ser oídas las voces de los pecados del mundo, que pedían venganza contra los que los hacen. Pensad, doncella, si un pecado sólo de Caín tales voces daba pidiendo venganza, ¿qué grita, qué voces y estruendo harán todos los pecados de todos los hombres pidiendo venganza a las orejas de la Justicia de Dios? Mas por mucho que clamen, clama más alto sin comparación la sangre de Cristo pidiendo perdón a las orejas de la Misericordia divina, y hace que no sean oídas, y queden muy bajas las voces de nuestros pecados, y que se haga Dios sordo a ellas. Porque más sin comparación le fué agradable la voz de Cristo, y su Pasión y muerte, que pedían perdón, que todos los pecados del mundo desagradables pidiendo venganza.

¿Qué pensáis que significaba aquel callar de Cris-

(1) Terra, pontus, astra, mundus, quo lavantur flumine
(*Himno... Pange lingua gloriosi Lauream...*).

to, y hacerse como sordo que no oía, y como mudo que no abre su boca (Ps. 37, 14), en el tiempo que era acusado? Por cierto, que pues los pecados, por boca de aquellos que a Cristo acusaron, daban voces, llenos de mentira, contra quien no les debía nada, y Él, pudiendo con justicia responder, calló, que es bien empleado, en pago de su atrevimiento, que al restante del mundo no puedan acusar los pecados, aunque tengan justicia, mas sean mudos, pues acusaron al que no tenía por qué. Y pues Él se hizo sordo, pudiendo responder, justo es que se haga sorda la divina Justicia, a la cual Cristo se ofreció por nosotros, aunque nosotros hayamos hecho cosas que piden venganza. Alegraos, esposa de Cristo, y alégrense todos los pecadores, si les pesa de corazón de haber pecado, y quieren tomar los remedios que en la Iglesia católica hay; que sordo está Dios a nuestros pecados para castigarlos, y muy atentas tiene sus orejas para hacernos mercedes. No temáis acusadores ni voces, aunque hayáis hecho por qué, pues que Cristo fué acusado, y con su callar hizo callar las voces de nuestros pecados.

Profetizado estaba (Isa., 53, 7) que había de callar como calla el cordero delante quien lo trasquila; mas mientras más callaba y sufría delante de los hombres, más altas voces daba delante la justicia divina, pagando por nos. Y estas voces fueron oídas, como dice San Pablo (Hebr., 5, 7), por su reverencia. Quiere decir, que por la grande humildad y reverencia con que se humilló al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Phil., 2, 8), reverenciando en cuanto Hombre aquella sobreexcelente Majestad divina, perdiendo la vida por honra de Ella, fué oído del Padre, del cual está escrito (Ps. 101, 18): *Miró la oración de los humildes, y no despreció el ruego de ellos.* Pues ¿quién tan humilde como el bendito Señor, que dice (Mt., 11, 29): *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón?* Y por esto fué oído, según estaba profetizado en su persona (Ps. 21, 25): *No quitó el Señor su faz de mí, y cuando clamé a Él me oyó.* Y el mismo Señor dice en el Evangelio (Jn., 11, 41): *Gracias te hago, Padre, que siempre me oyes.*

Y pues el Padre le oye, rogando por vos, y pues tan caro le costó a Él alcanzar la gracia con que seáis justo, para ser oído de Dios, procurad de ganarla si no la tenéis; y tenida, ejercitadla en ofrecer ruegos

a Dios, pues *sus orejas están puestas en tales ruegos*. Y así como debemos de oír al Señor con el Profeta Samuel, diciendo (1 Reg., 3, 10): *Habla, Señor, que tu siervo oye*, así nos dice el Señor: *Habla, siervo, que tu Señor oye*. Y así como dijimos que el oír nosotros a Dios no es solamente recibir el sonido de las palabras, mas creerlas y aplacernos en ellas, [y] ponerlas en obra, así las orejas del Señor están puestas por Cristo en nuestros ruegos, no para solamente oír lo que hablamos,—que de esa manera también oye las blasfemias que de Él se dicen y le desplacen—, mas oye el Señor nuestros ruegos para cumplirlos. Y porque veáis cuánta verdad es que oye el Señor nuestros gemidos que le presentamos, oíd lo que dice el mismo Señor por Isaías (65): *Antes que llamen, Yo les oiré*.

¡Oh!. bendito sea tu callar, Señor, que de dentro y de fuera en el día de tu Pasión callaste: de fuera, no maldiciendo ni respondiendo; y en lo de dentro, no contradiciendo, mas aceptando con mucha paciencia los golpes, y voces y penas de tu Pasión, pues tanto hablaste en las orejas de Dios, que antes que hablemos seamos oídos. Y esto no es maravilla, porque, siendo nosotros nada, Tú nos hiciste; y antes que te lo supiésemos pedir, nos mantuviste en el vientre de nuestra madre y fuera de él; y antes que supiésemos conocer lo que tanto nos cumplía, nos diste adopción de hijos, y gracia del Espíritu Santo en el santo Bautismo; y antes que los pecados nos derribasen. Tú nos guardaste; y cuando caímos por nuestra culpa, Tú nos levantaste y buscaste sin buscarte nosotros; y lo que más es, antes que naciésemos, ya Tú habías muerto por nos, y nos tienes aparejado tu cielo. No es mucho que de quien tanto cuidado has tenido, antes que lo tuviesen de Ti, lo tengas en esto; y que viendo Tú lo que habíamos menester, nos lo des muchas veces, sin esperar a que nos cansemos en pedirte, pues Tú te cansaste tanto en pedirlo y ganarlo por nos.

¿Qué te daremos, ¡oh Jesús benditísimo!, por este callar que callaste delante de los que mal te querían y mal te hacían? ¿Y qué te daremos por estas voces tan altas y tan llenas de amor que por nosotros diste delante tu Padre? Pluguiese a Ti, por tu infinita bondad, nos hicieses merced de que tan callados estuviésemos al ofenderte, y al sufrir de buena gana lo

que de nos quisieses hacer, como si fuésemos unos muertos; y estuviésemos tan vivos para dar voces de tus alabanzas, que ni nosotros, a quien redimiste, ni cielos, ni tierra, ni debajo de tierra, con todo lo que en ella está, nunca cesásemos de, con todas nuestras fuerzas, cantar tus loores con grande alegría, y servirte con ferventísimo amor.

Y no te contentas, Señor, con tener tus orejas puestas a nuestros ruegos para oírnos con atenta presteza; mas como quien muy de verdad ama a otro, y se huelga de oírle hablar o cantar, así Tú, Señor, dices al ánima redimida por tu sangre (*Cant.* 2, 14): *Enséñame tu faz; suene tu voz en mis orejas; porque tu voz es dulce, y tu faz mucho hermosa. ¿Qué es esto, Señor, que dices? ¿Tú deseas oír a nosotros, y nuestra voz te es dulce? ¿Cómo te parece hermosa la faz, que de haberla afeado con muchos pecados, los cuales hicimos mirándolos Tú, habemos ahora vergüenza de alzarla a Ti? Verdaderamente, o merecemos mucho delante de Ti, o nos amas Tú mucho. Mas no te plega, Señor, no te plega que de tu buen tratamiento saquemos nosotros soberbia, pues que aquello con que te agradamos y bien parecemos, gracia tuya es, la cual Tú nos diste; y allende de esto, regalas y galardonas a los tuyos más copiosamente de lo que ellos merecen. Sea, pues, Señor, a Ti gloria, de quien todo nuestro bien nos viene, y en quien todo nuestro bien está; y sea a nosotros y en nosotros vergüenza por nuestra maldad e indignidad. Tú eres nuestro gozo, Tú eres nuestra gloria, en la cual nos gloriamos, no vanamente, mas con mucha razón y verdad. Porque grande honra es ser amados de Ti, y tan amados, que te entregaste a tormentos de cruz por nosotros; por lo cual nos vienen todos los bienes.*

CAPITULO 86

Del grande amor con que el Señor mira a los justos; y de lo mucho que desea comunicar a las criaturas, y destruir en nosotros los pecados; los cuales debemos nosotros mirar con aborrecimiento para que Dios los mire con misericordia.

Ya que habéis oído la presteza con que Dios oye los ruegos de los justos, resta que oigáis el amor grande con que los mira, para en todo cumplir el oír y ver

que Él nos manda a nosotros. *Los ojos del Señor*, dice David (Ps. 33, 16), *están sobre los justos, para librarlos de muerte; mas el rostro del Señor está sobre los malos, para echar a perder la memoria de ellos de sobre la tierra.* De donde parece que pone el Señor sus ojos sobre los justos, como el pastor sobre sus ovejas, para que no se le pierdan. Y también los pone sobre los malos, para que no se vayan sin el castigo que sus pecados merecen. Dos cosas hay en nosotros: una que hizo Dios, que es nuestro cuerpo y alma, y cuanto bien en ellos tenemos; otra que hicimos nosotros, que es el pecado. Si nosotros no añadiésemos mal sobre lo bueno que de Dios tenemos, no habría cosa en nosotros a la cual el Señor mirase con ojos airados, mas con ojos de amor; porque cualquiera causa naturalmente ama a su efecto. Mas ya que nosotros habemos afeado y destruído lo que el hermoso Dios bien había edificado, con todo eso aún nuestra maldad no impide a su sobrepujante bondad; la cual, por salvar lo bueno que crió, quiere destruir lo malo que nosotros hicimos. Porque si vemos que este sol corporal se comunica tan liberalmente, y anda convidando a quien le quisiere recibir; y a todos se da, cuando no le ponen impedimento; y si se le ponen, aun está como porfiando que se lo quiten; y si algún agujero o resquicio halla, por pequeño que sea, por allí se entra e hinche la casa de luz: ¿qué diremos de la suma Bondad divinal, que con tanta ansia y fuerza de amor anda rodeando sus criaturas para darse a ellas y henchirlas de calor, de vida, y de resplandores divinos? ¡Qué de ocasiones busca para hacernos bien a los hombres! Y a muchos por un pequeño servicio ha hecho no pequeñas mercedes. ¡Cuántos ruegos a los que de Él se apartan para que se tornen! ¡Cuántos abrazos a los que a Él vienen! ¡Qué buscar de perdidos! ¡Qué encaminar los errados! ¡Qué perdonar pecados sin darlos en rostro! ¡Qué gozo de dar salud a los hombres, dando a entender que más deseaba Él perdonar, que el errado ser salvo y perdonado!

Y por eso dice a los pecadores (Ezech., 18, 31, 33, 11): *¿Por qué queréis morir? Sabed que Yo no quiero la muerte del pecador, mas que se convierta y viva; tornaos a Mi y viviréis.* Nuestra muerte es apartarnos de Dios, y por eso nuestro tornar a Él es vivir; a lo cual Dios nos convida, no poniendo sus ojos de

ira de principal intento sobre su hechura, que somos nosotros, mas contra los pecados que hicimos nosotros. Estos quiere Dios destruir, si nosotros no lo impidiésemos; e impedimosle cuando amamos nuestros pecados, dando vida con nuestro amor a los que, siendo amados, nos matan. Y es tanta la gana que esta suma Bondad tiene de destruir nuestra maldad, para que su hechura no quede destruída, que cuando quiera que el hombre quisiere, y cuantas veces quisiere, y de cuantas maldades hubiere hecho, si hace penitencia y pide al Señor que le perdone, está Él aparejado a nos recibir, perdonando lo que merecemos, sanando lo que enfermamos, enderezando lo que torcimos, y dándonos gracia para aborrecer lo que antes amábamos. Y de tal manera destruye nuestra maldad y la aparta de nosotros, que dice David (Ps., 102, 12): *Cuanta distancia hay de donde el sol nace, hasta donde se pone, tanto alcanzó Dios nuestros pecados de nosotros.*

Así, que el principio y primero *mirar* de los ojos de Dios no es contra el hombre que Él crió, mas contra el pecado que nosotros hicimos. Y si mira al hombre para lo echar a perder, es porque el hombre no le dejó ejecutar su ira contra los pecados que Dios quería destruir, mas quiso perseverar y dar vida a lo que a él mataba, y a Dios desagradaba. Y, por tanto, justo es que su muerte quede viva, y su vida siempre muera, pues que no quiso abrir la puerta al que, por amor y con amor, quería y podría matar a su muerte y darle vida.

Mas dirá alguno: ¿Qué remedio para que Dios no mire a mis pecados para me castigar, mas a su hechura para la salvar? Responde San Agustín con brevedad y verdad: «Míralos tú.» Quiere decir: Conócelos, y haz penitencia, y no los mirará Dios. Mas si tú los pones tras las espaldas, ponerlos ha Dios delante de su cara. Suplicaba David al Señor por sus pecados diciendo (Ps. 50): *Ten* (1), *Señor, misericordia de mí, según la gran misericordia tuya*; y también le decía: *Aparta también, Señor, tu faz de mis pecados.* Mas veamos ¿qué alegó para alcanzar tan grande merced? Por cierto, no servicios que hubiese hecho. Porque bien sabía que si un siervo por muchos años sirviese a su señor con diligencia, y después

(1) *Ten*: el autor escribió *Habe*.

le hace alguna traición digna de muerte, no se miraría a que le ha servido; porque si sirvió, era obligado a servir, y por eso no echó en deuda al señor; mas mírase a la traición que hizo, la cual era obligado a no hacer; y por eso, con pagar lo que antes debía, no pudo pagar lo que hace ahora. Ni tampoco ofreció David sacrificios, porque bien sabía que *no se deleita Dios con animales encendidos* (2). Mas éste, que ni en servicios pasados, ni en merecimientos presentes halló remedio, hallólo en *el corazón contrito y humillado*, y pide ser perdonado diciendo: *Porque yo conozco mi maldad, y mi pecado delante de mis ojos está siempre*. Admirable poder dió Dios a este *mirar* y gemir nuestros pecados, pues tras ellos se sigue el *mirarlos* Dios para deshacerlos; y convirtiendo nosotros nuestros ojos con dolor a lo que malamente hicimos, convierte los suyos para salvar y consolar lo que hizo.

CAPITULO 87

De los muchos y muy grandes bienes que vienen a los hombres por mirar el Eterno Padre a la faz de Jesucristo su Hijo.

Dirá alguno: ¿De dónde tanta fuerza a nuestro mirar y llorar, que así trae luego el mirar de Dios tras sí para perdonar? No, por cierto, de sí; porque por conocer el ladrón que ha hecho mal en hurtar, no por eso merece que se le perdone la horca, aunque más y más lllore. Mas viene de otra vista muy amigable y tan valerosa (1), que es causa y fuente de todo nuestro bien; ésta es de la que dice David (Ps. 83, 10): *Defendedor nuestro, Dios: mira, mira, en la faz de tu Cristo*. Dos veces suplica que *mire* Dios, para darnos a entender con cuánto afecto habemos de mirar esto, y cuán mucho nos importa alcanzarlo. Porque así como el mirar Dios a nosotros nos causa todos los bienes, así el mirar Dios a su Cristo trae a nos la vista de Dios. No penséis, doncella, que los agraciados y amorosos rayos de los ojos

(2) *Animales encendidos* es lo mismo que *holocaustos*. (Ps., 50, 18.)

(1) *Tan valerosa*: de tanto valor, tan preciosa.

de Dios descienden derechamente de Él a nosotros cuando nos recibe en su gracia, o descienden a nosotros como a cosa apartada de Cristo cuando estamos en ella; porque si así lo pensáis, ciega estáis. Mas sabed que se enderezan a Cristo, y de allí a nosotros por Él y en Él. Y no dará el Señor una habla ni vista de amor a persona del mundo universo, si la viese apartada de Cristo; mas por Cristo mira a todos los que se quieren mirar y llorar, por malos que sean, para los perdonar; y en Cristo mira a los tales para conservarles y acrecentarles el bien recibido. El ser amado Cristo, es razón de ser recibidos en gracia nosotros. Y si Jesucristo de en medio saliese, ningún amado ni agradable habría delante de los ojos de Dios, como arriba se dijo. Conoced, pues, doncella, la necesidad que tenéis siempre de Cristo, y sedle entrañablemente agradecida; porque el bien que tenéis no os vino de vos, sino por Cristo; y en Él os ha de ser conservado y acrecentado de Dios.

Y esto es lo que fué figurado en el principio del mundo, cuando el justo Abel, pastor de ganados, ofreció a Dios sacrificio de su manada, el cual sacrificio fué acepto, como la Escritura dice (*Gen.*, 4, 4), *que miró el Señor a Abel y a sus dones*; y este *mirarlo* quiere decir que Abel le fué agradable, y por eso fueron agradables sus dones: y en señal del agradamiento invisible, envió Dios fuego visible que quemó el sacrificio. Lo cual es figura de nuestro justo y soberano Pastor, el cual dice de Sí (*Jn.*, 10, 11): *Yo soy buen Pastor*. Y también es Sacerdote; y, por consiguiente, como dice San Pablo (*Hebr.*, 5, 1), *ha de ofrecer dones y sacrificios a Dios*. ¿Mas qué ofrecerá que digno sea? No por cierto animales brutos; y muy menos hombres pecadores, porque éstos más son para provocar la ira de Dios, que para alcanzar misericordia. Y no sin causa mandaba Dios en la vieja Ley (*Lev.*, 22, 19; *Deut.*, 15, 21) que el animal que se hubiese de ofrecer fuese macho y no hembra; que fuese de edad no chica ni grande; que no fuese cojo ni ciego, con otras condiciones muchas; sino para dar a entender que lo que se había de ofrecer para quitar los pecados no había de ser cosa que tuviese pecado. Y porque ninguno estaba sin él, no tenía este grande Sacerdote qué ofrecer por los pecados del mundo, sino a Sí mismo, haciendo Hostia al que es Sacerdote; y ofrecióse a Sí mismo, limpio,

para limpiar a los sucios; justo, por justificar los pecadores; agradable y amado, para que fuesen recibidos a gracia los que por sí mismos eran desamados y desagradables. Y valió tanto este sacrificio, así por Él, como por quien lo ofreció—que todo es uno—, que los que estuvimos apartados de Dios *como ovejas perdidas* (*Petr.*, 2, 25) fuimos traídos, lavados, santificados y hechos dignos de ser ofrecidos a Dios. No porque nosotros tuviésemos de nuestra cosecha cosa digna para parecer bien a Dios, mas rociados con la sangre de este Pastor, y ataviados con la hermosura de su gracia y justicia que por el Señor se dan, e incorporados en Él, somos lavados de nuestros pecados, mirados de Dios, y agradables a Él, como sacrificio ofrecido por este Sumo Sacerdote y Pastor. Lo cual dice San Pedro así (1 *Petr.*, 3, 18): *Cristo una vez murió por nosotros, para que nos ofreciese a Dios, mortificados en la carne, y vivos en el espíritu* (2).

Y así parece cómo nuestro Abel ofrece a Dios ofrenda de su manada; a la cual miró Dios, porque miró primero a su carísimo Hijo. Y así como acullá *vino fuego visible sobre el sacrificio* (3 *Reg.*, 18, 38), así también vino acá en figura de lenguas el día de Pentecostés; y esto, después que Cristo subió a los cielos, *para aparecer a la faz de Dios por nosotros* (*Hebr.*, 9, 24). Porque entendamos que de aquel miramiento de los ojos de Dios a la *faz de su Cristo, la cual, como dice Esther* (15, 17), *es llena de gracias*, salió el fuego del Espíritu Santo, que abrasó los dones que este gran Pastor y Pontífice ofreció a su Padre, que fueron sus discípulos presentes y por venir.

Y así como Dios prometió a Noé que, cuando mucho lloviese, Él *miraría a su arco* que puso en las nubes *en señal de amistad* con los hombres, para no destruir la tierra por agua (*Gen.*, 9, 16); así mucho más mirando Dios a su Hijo puesto en la cruz, extendidos sus brazos a modo de arco, quita de su riguroso arco las flechas que ya quería arrojar; y en lugar de castigos, da abrazos, vencido más por este valeroso arco, que es Cristo, a hacer misericordia, que movido por nuestros pecados a nos castigar.

(2) El texto dice: *mortificado en la carne y vivificado en el espíritu*, refiriéndose a Cristo, no a nosotros.

Y puesto que (3) nosotros anduvimos errados, y vueltas las espaldas a la luz que es Dios, no queriendo mirarle, mas vivir en tinieblas de nuestros pecados, somos por este Pastor traídos en sus hombros; y por traernos Él, míranos el Señor, haciendo que lo miremos a Él. Y tiene tan especial cuidado de nos, que ni un momento quita sus ojos de nosotros, porque no nos perdamos. ¿De dónde pensáis que vino aquella amorosa palabra que Dios dice al pecador que se arrepiente de sus pecados (Ps., 31, 8): *Yo te daré entendimiento; y te enseñaré en el camino que has de andar, y pondré sobre ti mis ojos, sino de aquella amorosa vista con que Dios miró a Jesucristo?* El cual es sabiduría, que nos enseña el verdadero camino por donde vamos sin tropiezos; y el verdadero Pastor, por el cual, en cuanto hombre, somos mirados, y el cual en cuanto Dios, nos mira, quitándonos los peligros de delante en los cuales ve que hemos de caer; teniéndonos firmes en los que nos vienen, librándonos de los en que por nuestra culpa hemos caído, cuidando lo que nos cumple, aunque nosotros hacemos descuidos, acordándose de nuestro provecho, aun cuando nosotros nos olvidamos de su servicio, velándonos cuando dormimos, teniéndonos consigo cuando nos querriamos apartar, llamándonos cuando huímos, abrazándonos cuando venimos, siendo el postrero en deshacer la amistad, y el primero que ruega con ella, aunque ofendido, y teniendo en todo y por todo un tan vigilante y amoroso mirar por nosotros, que todo lo ordena a nuestro provecho. ¿Qué diremos a tantas mercedes, sino hacer gracias a aquel verdadero Pastor, que, porque sus ovejas no anduviesen lejos de los ojos de Dios, ofreció su faz a tantas deshonras, para que mirándolo el Padre tan afligido y sin culpa, mirase a los culpados con ojos de misericordia, y para que traigamos nosotros en el corazón y en la boca: *Mira, Señor, en la faz de tu Cristo, probando con experiencia que muy mejor nos oye Dios y nos ve, y nos inclina su oreja, que nosotros a Él?*

(3) *Puesto que*: aunque, a pesar de que.

CAPITULO 88

Cómo se ha de entender que Cristo es nuestra justicia, para que no vengamos a caer en algún error, pensando que no tienen los justos justicia distinta de aquella por la cual Jesucristo es justo.

Es tanta la cizaña que nuestro enemigo ha sembrado en los que le creen, que de las palabras de la divina Escritura que hablan de este dulcísimo misterio de Jesucristo nuestro Señor, y de los bienes que por Él y en Él poseemos, sacan perversos entendimientos (1); de los cuales he menester avisaros para que no incurráis en peligro.

No penséis que por llamarse Cristo *nuestra justicia* (1 Cor., 1, 10), o por decir que somos hechos agradables *en Él*, o por semejantes palabras, no tengan los que están en gracia propia justicia en sí mismos, por la cual sean justos y agradables a Dios, distinta de aquella por la cual es justo Jesucristo nuestro Señor: porque creerlo así sería muy grave error (2); el cual nace de no conocer el amor que Jesucristo nuestro Señor tiene a los que están en gracia; al cual no le consintieron sus amorosas entrañas, que siendo Él justo y lleno de bienes, dijera a sus justificados: Contentaos con que Yo tenga estos bienes, y tenedlos por vuestros en Mí, aunque en vosotros mismos os quedéis injustos, desnudos y pobres. Ninguna cabeza hubiera que tal cosa dijera a sus miembros vivos, ni esposo a su esposa, si mucho la amara; y menos lo dirá el celestial Esposo, que es dado por ejemplo a los otros para que, a semejanza de Él, amen y traten a sus esposas. *Varones*, dice San Pablo (Ephes., 5, 25), *amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia, y se entregó por ella para la santificar, limpiándola con el bautismo y palabra de vida.* Pues si la santifica, lava y limpia, y aun con su propia sangre, que es la que da virtud a los Sacramentos para limpiar las ánimas por la gracia que dan, ¿cómo pue-

(1) *Entendimientos*: sentidos.

(2) Refuta el autor el error luterano que no reconocía justicia interior en los justos, sino sólo la justicia exterior de Cristo, imputada al justo por la fe.

de quedar injusta o sucia la que con tan eficazísima cosa es limpiada y lavada?

La cual limpieza había Dios prometido de dar en el tiempo de su Mesías, cuando dijo (*Ez.*, 36, 25): *Derramaré sobre vosotros agua limpia, y seréis limpiados de todas vuestras suciedades.* Y el Señor, en el jueves de la cena (*Jn.*, 13, 10), dió testimonio que sus once discípulos *estaban limpios*, y no como quiera, sino que estaban *del todo limpios*. Porque las culpas veniales, que de algunas afecciones demasiadas se causan en el ánimo, como el polvo que se pega a los pies, son quitadas por los remedios de los Sacramentos y buena disposición de quien los recibe, como son lavados los pies corporales con el agua corporal, como el Señor entonces hizo, lavando de fuera y lavando de dentro, dejándolos limpios de todo pecado, como San Juan da testimonio diciendo (1 *Jn.*, 1, 7): *La sangre de Jesucristo nos limpia de todo pecado.* A la cual llamó el Profeta Miqueas (7, 19), mucho antes que se derramase, mar en que se ahogan todos nuestros pecados, y dió: *Arrojará Dios todos nuestros pecados en el profundo de la mar.* Pues si estos lugares de la Escritura, y otros muchos, dan testimonio que el hombre queda perdonado y limpiado de todo pecado, ¿quién habrá que ose decir que nunca un hombre viene a estar limpio de él?

Porque decir que se queda el pecado en el hombre según verdadera razón de pecado, y que, por amor de Jesucristo nuestro Señor, se le suelta al hombre la pena debida al tal pecado, no es cosa que basta a verificar (3) las Escrituras, ni conveniente a la honra de Jesucristo. Porque como la pena debida al pecado sea menor mal para el hombre que la culpa del mismo pecado y la injusticia y fealdad causada por él, no se puede decir que Cristo *hace salvo a su pueblo de sus pecados* (*Mt.*, 1, 21), si quita con su merecimiento que no se imputen a pena, y no los quita cuanto a la culpa dando su gracia, ni alcanza limpieza para que el hombre, aborreciendo el pecado, guarde la Lev de Dios. Y si bien se mira la divina Escritura, hallarse ha que cuando se da el perdón del pecado, se da con él *novedad de vida* (*Rom.*, 6, 4) y *corazón limpio, de nuevo criado*, como lo pedía David (*Ps.*, 50), según estaba profetizado (*Ezech.*, 11,

(3) *Verificar*: sacar verdaderas.